

HISTORIADORAS ESTADOUNIDENSES EN CONTEXTO, 1770-1930.

KATHRYN KISH SKYLAR, 1975.

**TRADUCCION SOLO PARA USO EN CLASES, NO CITAR.

Los trabajos de este volumen dan cuenta de la fuerza de la actividad asociativa entre las historiadoras norteamericanas. Seleccionados a partir la Segunda Conferencia sobre Historia de Mujeres que se llevó a cabo en octubre de 1974, y co-auspiciados por la Berkshire Conference of Women Historians, los orígenes de este volumen se remontan a la decisión tomada en la 42ª reunión de Berkshire en 1972, de organizar una conferencia sobre la historia de las mujeres en 1973. El éxito de esa reunión llevó al grupo a comprometerse para la organización de dos reuniones más, y para una tercera, planeada en el Bryn Mawr College en 1976.

Si bien la Berkshire Conference es la asociación de historiadoras más antigua del país, actualmente es una más entre muchas otras organizaciones regionales. En los últimos diez años, la actividad asociativa de las historiadoras ha crecido significativamente, y estas asociaciones se han convertido en una subcultura específica dentro de la profesión histórica. Adoptando la preocupación de la Berkshire Conference hacia las mujeres y hacia su identidad profesional y organización, estas asociaciones promueven la conciencia colectiva y la colaboración entre historiadoras, debaten el estatus de las mujeres en la profesión histórica, y realizan estudios estadísticos que han demostrado que las mujeres están lejos de alcanzar una integración completa a la vida profesional en esta disciplina.

Y si bien las historiadoras conocen estas asociaciones de mujeres en la profesión, la mayoría sabe poco acerca de su historia, e incluso menos acerca de cómo estas estructuras asociativas se relacionan con las estructuras asociativas de las historiadoras de los siglos XVIII y XIX. ¿Las historiadoras crearon sus propias organizaciones? Y si no lo hicieron, ¿por qué no? ¿La experiencia de las historiadoras estadounidenses ha variado significativamente en el tiempo? Y de ser así, ¿Qué estructuras sociales han influido en esa variación? Este artículo busca responder esas y otras preguntas acerca de las historiadoras que vivieron y trabajaron entre

1770 y 1930, y compara las carreras de las historiadoras entre tres periodos de la escritura histórica en Estados Unidos: la comunidad en el contexto de la historia temprana de Estados Unidos; el contexto victoriano de la historiografía del siglo XIX; y el inicio de la profesionalización en el siglo XX.

La vida y las carreras de veintiséis mujeres listadas como historiadoras en la 'Classified List of Selected Biographies' en *Notable American Women, a Biographical Dictionary*, editado por Edward James, Janet James y Paul Boyer, nos entrega la primera muestra sistemática de las historiadoras estadounidenses tempranas. Basado en esa información, este artículo se enfoca en la inclusión de mujeres cuyo trabajo se acerca a lo que hoy definimos como trabajo histórico. Sin embargo, esta muestra suma a aquellas exitosas 'aficionadas', y nos permite observar un siglo y medio de un contexto de trabajo cambiante para las historiadoras.

Para los propósitos del análisis, estas veintiséis historiadoras han sido divididas en tres grupos, en términos cronológicos: las nacidas antes de 1800, las nacidas entre 1800 y 1850, y las nacidas después de 1850. Dadas las dificultades que una cronología estricta involucra para un trabajo histórico, estas tres categorías cronológicas contienen un nivel de coherencia interna significativo. Al interior del primer grupo, es decir, las nacidas antes de 1800, todas escribieron historia al interior de alguna comunidad local, con la cual estaban comprometidas. Reflejando la naturaleza localista del Estados Unidos de fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, la vida y trabajos de estas historiadoras antes de 1800 estuvo inseparablemente ligada a su contexto comunitario inmediato. En contraste, las carreras de las historiadoras nacidas entre 1800 y 1850 se desarrollaron en el contexto del ambiente literario victoriano. Este mundo literario o de las letras, conectó esa antigua tradición local con los elementos trans-locales más nuevos de la vida estadounidense, y asumió una escritura tanto analítica como ficcional. El tercer grupo de historiadoras, nacidas después de 1850, generalmente buscó carreras académicas o relacionadas con lo académico. Estos tres grupos cronológicos nos permiten observar y comparar tres contextos diferentes en los cuales las historiadoras trabajaron en el pasado: las comunidades locales, las letras victorianas, y la 'comunidad académica'.

La vida y carrera de Hannah Adams (1755-1831), autora de la primera publicación de las historiadoras nacidas antes de 1800, *Un compendio alfabético de las variadas sectas* (1784), nos introduce a las características generales de las historiadoras de los tres grupos tanto como del primer grupo en específico. Dos de los problemas importantes de su vida se aproximan a los de sus sucesoras: la necesidad de ganarse la vida y la conciencia de la discriminación de género.

La primera razón por la cual Hannah Adams se dedicó a la historia, como se ha dicho, fue su necesidad de ganarse la vida. En sus propias palabras, “quería esforzarme lo más posible en ser útil, y en ganarme la subsistencia”. Como era común en las mujeres no casadas de su generación, buscó mantenerse a sí misma con labores de punto, como el bordado. Y como muchas mujeres en épocas de guerra, experimentó cierta movilidad laboral; en sus *Memorias*, publicadas en 1832, escribió:

“Fui presionada por la necesidad para hacer todo el esfuerzo posible para sostenerme a mí misma. Durante la guerra de independencia, aprendí a hacer encaje a bolillos, el cual se vendía bastante bien, y con mucha más ganancia que el trabajo del hilado, la costura o el tejido, el cual había sido mi empleo anterior... pero al término de la guerra, ese recurso falló, y de nuevo estaba en una situación de desempleo. Mi salud no me permitía trabajar en una escuela, y estaba deseosa de encontrar cualquier oportunidad de trabajo que pudiera, aunque la ganancia fuera muy baja e inadecuada para mantenerme”

Mientras se dedicaba a buscar trabajo, los intereses religiosos de Adams la llevaron a estudiar la historia del sectarianismo protestante en Estados Unidos, de una manera sistemática. A los veintiocho años de edad, y en el borde de un profundo desempleo, se le ocurrió que podría ganarse algún dinero publicando sus materiales históricos sobre religión. “Yo no era, como mi hermana, hábil en los trabajos con la aguja”, explica Hannah Adams en sus *Memorias*, “y la dificultad de hacer ese trabajo me llevó, como último recurso, a dedicarme a mi manuscrito, con la débil esperanza de poder imprimirlo y de que eso me trajera algún beneficio”.

En la búsqueda de los medios para subsistir, Hannah Adams se parece a la gran mayoría de las historiadoras posteriores. Sólo seis de las 26 mujeres consideradas

aquí, *no* se mantuvieron a sí mismas a lo largo de su vida adulta: dos en el grupo pre-1800, tres en el grupo 1800-1850, y solamente una en grupo post-1850 dependieron, al menos en parte, de los recursos de sus maridos. Mas aún, dos de esas veinte historiadoras que se ganaban la vida, además mantuvieron hijos, nacidos durante matrimonios breves que terminaron en divorcio o en viudez.

Más de la mitad de estas historiadoras se sustentaron enseñando en escuelas primerías o secundarias. Hannah Adams, por ejemplo, se dedicó a preparar jóvenes para ingresar a la universidad. Veinte años después, Frances Caulkins (1795-1869) fundó seminarios para mujeres en Norwich y New London, y enseñó en ellos por quince años. Un tercio de las mujeres nacidas entre 1800 y 1850, y dos tercios de las nacidas después de 1850, fueron maestras. Habitualmente, este periodo como maestras precedió sus carreras de historiadoras, y en el último grupo, les proveyó los medios para su educación superior. El objetivo básico de las historiadoras – ganarse la vida— no fue, entonces, diferente al de sus pares masculinos.

Junto al sentido de su trabajo con un medio de subsistencia, Hannah Adams se parecía a otras historiadoras que la siguieron: tenía una clara conciencia de su identidad de género y no siempre la vio como una contribución positiva a su carrera. Sobre ello, escribió en sus *Memorias*:

“Los sinsabores y obstáculos que afectan a los autores en general, caen doblemente sobre las mujeres. Su sexo azuza en especial la curiosidad de los ociosos y la envidia de los maliciosos. Al presentarse no solamente como escritores, sino como mujeres escritoras, su carácter, su conducta, e incluso sus propios talentos, se convierten en objeto de una severa inquisición”.

En su clara conciencia de las injusticias que sufría por su sexo, Hannah Adams se relaciona con muchas de las historiadoras que la siguieron. El feminismo abierto surgió entre las historiadoras a mediados del siglo XIX, y creció sostenidamente a través del periodo victoriano y los inicios de la profesionalización. Mary Booth, (1831-1889), la primera de este grupo de historiadoras en sumarse a una organización feminista, era amiga de Susan B. Anthony, y fue secretaria de la convención por los derechos de las mujeres en Saratoga, Nueva York, en 1885, y en

la ciudad de Nueva York en 1860. Mary Williams (1874-1944), la última autora considerada en esta muestra, en términos de edad, es un buen ejemplo del compromiso feminista entre las primeras historiadoras profesionales, como lo demuestra la inscripción en la lápida de su tumba: “Profesora, Historiadora, Feminista, Pacifista”. Casi la mitad de las historiadoras nacidas después de 1800, estuvieron afiliadas a alguna forma de actividad feminista.

Hannah Adams también nos introduce a dos características comunes en las historiadoras estadounidenses; su necesidad de ganarse la vida, y su conciencia de la discriminación de género. Aunque la proporción de mujeres económicamente autónomas crece, en los tres períodos considerados, de un 50 a 60% a un 90%, y aunque el feminismo declarado es más común en las historiadoras nacidas después de 1850, la necesidad de ganarse la vida y la conciencia de la discriminación en su contra trasciende las estructuras cronológicas con las cuales las estamos estudiando.

Si bien la vida y carrera de Hannah Adams revela numerosos rasgos comunes con las historiadoras en su conjunto, al mismo tiempo refleja características específicas de su tiempo. La más importante de ellas, fue su trabajo en un contexto comunitario específico. Para Adams, ese contexto fue la comunidad bostoniana de religiosos liberales, quienes, al conocer su obra sobre el sectarismo protestante, y admirar su imparcial rigurosidad, la impulsaron a buscar un potencial de ventas editoriales mucho más allá de lo que ella había imaginado para su libro. El reverendo Joseph Buckminster, un líder proto-unitario, y el reverendo James Freeman, ministro anglicano de la King’s Chapel, la apoyaron en la publicación de tres ediciones de bolsillo de su libro en Estados Unidos, y tres ediciones en Inglaterra, bajo un nuevo título, *Miradas de las Religiones*. Cuando Adams fue arrastrada a un prolongado conflicto (duró más de una década) con el religioso conservador Jedidiah Morse, esta red de apoyo de los liberales bostonianos la proveyó de recursos y de estímulo. Durante los últimos veinte años de su vida, le entregaron un pago anual que le permitió continuar su trabajo.

Frances Caulkins recibió un apoyo similar en su trabajo, por la comunidad de New London y Norwich, en Connecticut. Después de establecer, dirigir y enseñar en seminarios para mujeres en dichas ciudades por quince años, en las décadas de 1820

y 1830, Caulkins se dedicó al trabajo evangélico por aproximadamente diez años, en la ciudad de Nueva York, escribiendo libros y panfletos para la *American Tract Society*. A través de esta organización, sus textos fueron distribuidos por millones, a lo largo del siglo XIX. Viviendo con su medio hermano en New London, para mediados de la década de 1840 Caulkins se convirtió en una figura central de la vida asociativa local. Fue secretaria por veinte años de la Asociación Femenina de Amigos de los Marineros, por ejemplo, y una activa anfitriona de colectividades similares, y se convirtió en una autoridad en las estructuras de la vida comunitaria y su funcionamiento. Fue entonces cuando se dedicó a escribir historia.

Sobre su oficio de historiadora, Caulkins afirmó estar siguiendo el mandato de las Escrituras, de ‘recordar los días de antaño y considerar los años de tantas generaciones’, pero a la vez siguió involucrada en el más importante compromiso de su vida –con la región y las personas con las que vivía–y además, se ganó el sustento. Su trabajo sobre Norwich tuvo un enorme reconocimiento local, y fue seguido, en 1849, por su elección como miembro de la Asociación Histórica de Massachusetts, la más antigua y prestigiosa en el país. Por más de un siglo, Caulkins fue la única mujer admitida en dicha asociación.

Y si Hannah Adams y Frances Caulkins ejemplifican el lado armonioso de la relación entre historiadoras y las comunidades con las que estaban comprometidas durante este período temprano de la escritura histórica, Mercy Otis Warren (1728-1814), ejemplifica los conflictos que podían surgir en esas mismas comunidades.

A mediados del siglo XVIII, Mercy Otis Warren vivía en el corazón de la elite revolucionaria de Boston. Su padre era juez de paz, su marido era miembro de la legislatura de Massachusetts, y su hermano, James Otis, un portavoz de la lucha contra los decretos de asistencia (*que autorizaban a la Corona británica a allanar los hogares y tiendas en busca de contrabando, por ejemplo, y a respetar sus leyes de comercio). Su hogar en Plymouth era un lugar de reunión de los opositores al poder de la monarquía en Massachusetts, y en su salón, Otis Warren debatía activamente sobre política con hombres como John Adams y Samuel Adams. Entre 1772 y 1775, Warren publicó tres obras de sátira política, *El Adulador*, *La Derrota* y *El Grupo*. En la última, los conservadores de Massachusetts aparecían bajo nombres como el Juez

Mezquino, Brigadier Odio-Todo y Sir Lo Gasto Todo, entre otros. Participando tanto en los debates públicos como en los privados de su época, Warren también intercambiaba correspondencia con una de las más importantes historiadoras progresistas británicas, Catharine Maucaulay. Al igual que su padre y su hermano, la perspectiva política de Warren estaba claramente a la izquierda de los federalistas como John Adams, quien temía la revolución social que la revolución política podía desatar. Warren se opuso decididamente a ese temor (y a la Constitución Federalista que implicaba) en un escrito de 1788 titulado ‘Observaciones a la Constitución’. En 1791 defendió la Revolución Francesa en el prefacio que escribió para la edición americana de la crítica de Catharine Maclaulay hacia el historiador conservador Burke. En 1800, Warren hizo enfurecer a los federalistas de Boston, apoyando a Jefferson en las elecciones presidenciales.

Pero no fue hasta la publicación, en 1805, de su *Historia del Auge, Progreso y Término de la Revolución Americana* (en tres volúmenes), que el principal miembro de la comunidad de Boston se lanzó a atacarla, por la amenaza que Warren suponía desde su propia gente. Para John Adams la amenaza era especialmente grave, pues Warren retrató a este ‘Padre de la Patria’ y ex Presidente de Estados Unidos como alguien que albergaba creencias monárquicas. En concreto, su *Historia* afirmaba: ‘desafortunadamente para él y para su país, se enamoró tanto de la Constitución Británica y el gobierno, los usos y leyes de dicha nación, que desarrolló una inclinación por la monarquía, la cual era inconsistente con su antiguo republicanismo’. Adams le escribió a Warren demandando saber la base para sus afirmaciones y, sin embargo, después de varias páginas de una irritada prosa, admitió nerviosamente que sí recordaba una ocasión en la casa de Warren en Plymouth, cuando había dicho “riendo y como broma, dentro de la familiaridad que había sido habitual entre nosotros: ‘por mi parte, quiero un rey, y Lord, y Comunes’”. Insistiendo en que había querido decir ‘solamente un balance de poder, como el que está en la constitución’, Adams concluyó que de seguro que Warren sabía que estaba bromeando, ya que se había reído con él en ese momento.

Warren replicó analizando en detalle otras instancias en que Adams había expresado la necesidad de una monarquía hereditaria en los Estados Unidos. En respuesta a la afirmación hecha por ella, por ejemplo, de que el pueblo de Estados Unidos podía

governarse a sí mismo, Warren le citó a Adams sus propias palabras: “somos como otros pueblos, y deberíamos hacer como otras naciones, donde todos los gobiernos bien regulados son monárquicos”. En un viaje en carruaje en 1788 desde la residencia de los Whinthrop a la de los Gerry, y en otra ocasión, a la hora del desayuno en Braintree durante la cual los Warren les habían hecho a los Adams una larga visita, él también había hecho esas declaraciones pro monarquía. Y con respecto a haber estado de acuerdo con él; “recuerdo muy bien mi propia respuesta”, escribió Warren: “que una monarquía limitada pudiera ser el mejor gobierno, pero pasaría mucho tiempo antes de que los americanos se reconciliaran con la idea de un rey”.

En lo que Warren describió como “diez cartas de acusaciones y reproches” –cartas que alcanzaron a las ciento cincuenta páginas impresas, cuando más tarde fueron publicadas por la Asociación Histórica de Massachusetts—Adams declaró su hostilidad y su miedo a la *Historia* de Warren. Al final de sus ataques, no habiendo hecho ninguna mella en la confianza en sí misma de Mercy Warren, Adams usó el último recurso de un caballero, y afirmó: “la historia no es el territorio de las damas”. Escribió que se sentía avergonzado por ella, dada su poco femenina voluntad de discutir asuntos de complejo significado moral. Warren replicó: “aunque estoy cansada de sus repetidos ataques, no estoy intimidada”, y concluyó: “sienta vergüenza de usted mismo”.

Durante los ataques de John Adams, Warren recurrió a algunos amigos comunes para mediar en el conflicto. Trató de mantener su amistad con Abigail Adams, su esposa, y le pidió a Elbridge Gerry, uno de los firmantes de la Declaración de Independencia, y un cercano amigo de Adams, que arreglara una reunión entre ella y Adams como la manera más clara y directa de solucionar sus diferencias, y buscó el consejo de Gerry cuando Adams publicó sus cartas. Cuatro años después, Gerry efectivamente medió entre ambos, y la cordialidad se restableció. Se intercambiaron anillos de mechones de cabello (*una señal de la época de gran aprecio) y la disputa fue relegada al estatus de inmencionable en la comunidad de la que ambos siguieron siendo parte.

Las vidas y trabajos de las historiadoras nacidas antes de 1800 reflejan esencialmente una cultura local. El contexto comunitario de su cultura podía

involucrar las más duras críticas para una autora, pero al mismo tiempo constituía un significativo sistema de apoyo para su trabajo. El segundo grupo de historiadoras, nacidas entre 1800 y 1850, encontraron un sistema de apoyo similar en el mundo de las letras victoriano.

Tomándola como un indicador básico de los procesos de modernización, la notoria expansión de las redes de comunicación en el siglo XIX facilitó el desarrollo de audiencias lectoras especializadas cuyos intereses trascendieron los límites de la vida en sus lugares de origen. Las mujeres de clase media, tanto rurales como urbanas, se transformaron en una de esas audiencias. El género, una categoría que se había liberado de sus ataduras dieciochescas a la vida de la comunidad, emergió a mediados del siglo XIX como una fuerza claramente reconocible tanto en la vida literaria como política de los Estados Unidos.

Tal vez porque buscaron en la página impresa algunas guías de comportamiento para ayudarlas a avanzar en una época de profundas reorientaciones en la producción económica y la reproducción humana, las lectoras victorianas se interesaron en un amplio abanico de lecturas relativas a los modos de comportarse y otros campos de feminidad moderna y la vida doméstica. Y quizás porque la noción de una mujer que se ganaba el sustento escribiendo se fue volviendo más aceptable, la autoría femenina floreció tan rápido como sus lectoras. La proliferación, sin paralelo en el pasado, de periódicos e imprentas locales, les dio a las autoras un acceso relativamente fácil a las editoriales y periódicos de alcance nacional, como Godey's Lady's Book; los distribuidores de libros como Harper y Hermanos, les dio a muchas de ellas la oportunidad de alcanzar audiencias en todo el país. Las carreras de las historiadoras en la primera mitad del siglo XIX, fueron influidas por ese contexto literario.

Con la excepción de las nacidas al comienzo y al final de dicho periodo, todas las historiadoras durante el periodo victoriano comenzaron sus carreras realizando obras más literarias que históricas. Muchas continuaron, a lo largo del tiempo, publicando obras de ficción, poesía, viajes y traducciones, tanto como obras de historia. Varias también fueron editoras. Las historiadoras que llegaron más lejos durante este periodo, vincularon sus carreras muy cercanamente con el mundo

literario victoriano, y le dedicaron una considerable atención a en sus escritos a los testimonios de la vida femenina y su experiencia doméstica.

Martha Lamb (1826-1893), por ejemplo, después de divorciarse alrededor de 1866, y bajo la creencia de que una mujer “con algo de cerebro y alguna capacidad intelectual” podía hacer una obra interesante, escribió seis volúmenes de cuentos para niños, una novela romántica, varios manuales para Navidad y artículos para revistas, antes de descubrir que su verdadero interés era escribir historia. Después de completar una historia de la ciudad de Nueva York, adquirió la casi quebrada *Magazine of American History*, la cual, bajo su dirección, se convirtió en una de las primeras revistas de historia especializadas de alcance nacional, publicando artículos, reseñas de libros, documentos originales, noticias de las asociaciones históricas y una sección de cartas. La importancia de Martha Lamb como historiadora, tanto como su talento editorial, fueron ampliamente reconocidos. Fue elegida como miembro de al menos una docena de asociaciones históricas, y en 1888 se celebró una cena en la Casa Blanca en su honor. Bien establecida en la prensa de difusión antes de su éxito como historiadora, Martha Lamb ejemplifica hasta que punto el éxito de una mujer como historiadora durante esta época, se basó en los lazos con el mundo de las letras victoriano.

Las obras literarias de las historiadoras fueron desde las novelas realistas escritas por Frances Victor (1826-1902) para la serie de novelas *Beadle's Dime Novels* y las interpretaciones del ‘feminismo bien educado’ sobre pintoras y heroínas bíblicas escritas por Clara Waters (1834-1916), hasta el aristocrático *Harper's Bazar*, editado durante veinte años por Mary Booth. En sus contenidos, estas obras reflejaban las experiencias de las lectoras a las cuales, en parte, se dirigían. La novela *Ainzetta, the Guarija: a Creole in Cuba* (1848), de Frances Victor, y la *Ama de Casa Práctica* (1857), de Elizabeth Ellet (1812-1877), son un ejemplo de este tipo de trabajos.

Muchos de las obras de historias escritas por estas mujeres reflejaban la experiencia femenina. El foco central del libro de Juliette Kinze (1806-1870), *Wau Bun: the 'early day' in the Northwest*, hasta hoy una fuente insoslayable para el estudio de la fundación de Chicago, trataba sobre una experiencia clásica de las mujeres en la

frontera hacia el Oeste: la cautiva de los indígenas. Las historias de Elizabeth Ellet, escritas después de veinte años dedicada a la literatura, trataban en su totalidad sobre mujeres. Alice Earle (1851-1911), la única en este segundo grupo que se dedicó exclusivamente a la historia, escribió principalmente sobre mujeres y sobre la vida doméstica. Esta visible corriente de mujeres auto conscientes, habla de la fuerza de la comunidad de mujeres al interior del ambiente victoriano. Las carreras de estas historiadoras estuvieron estructuralmente ligadas a esas comunidades, y directa o indirectamente, fueron ayudadas por ellas.

La historiadora a quien peor le fue durante este periodo, fue una de las que menos participó del mundo de las letras victoriano, y menos aun en la nueva tendencia de separar la experiencia femenina de la experiencia de su comunidad. Abby Hemenway (1828-1890), cuya carrera tiene muchas características dieciochescas, comenzó sus actividades como ninguna de sus predecesoras del siglo XVIII lo había hecho: con una obra literaria, *Poetas y Poesía de Vermont* (1858), una compilación de leyendas locales, refranes, baladas y versos, que Hemenway recopiló poniendo avisos en los periódicos de la zona: de los más de cien que reunió, cuarenta y cinco pertenecían a mujeres, en una amplia variedad de tópicos. A partir del éxito de esa obra, Hemenway aplicó la misma técnica a las fuentes históricas, y viajó en una diligencia de un pueblo a otro, compilando historias y documentos históricos sobre la vida cotidiana en Vermont. Entre 1860 y 1882 reunió el material, y publicó cuatro volúmenes de historias locales en la *Gazeta Histórica de Vermont*.

Sin embargo, la elite de la provincia de Vermont, que se concentraba en Middlebury, criticó el trabajo histórico de Abby Hemenway desde sus comienzos. La Facultad del Middlebury College juzgó su proyecto 'poco práctico', y 'en todo caso, inadecuado para una mujer'. Trabajando a nivel local, Hemenway había ignorado la importancia de las estructuras trans-locales, y no recibió su apoyo. Una localista dieciochesca en medio de las tendencias decimonónicas, hemenway falló en crearse una red de apoyo, y a lo largo de su carrera como una comprometida historiadora, vivió en la pobreza y fue vulnerable a los ataques, no sólo como historiadora, sino como mujer.

Los últimos años de Hemenway son una crónica del desastre. Con las pruebas de su quinto volumen listas para editarse, pero demasiado acosada por sus acreedores para

publicarlo en Vermont, viajó a Chicago en 1884, y terminó de tipografiarlo ella misma. Dos años después, justo cuando los volúmenes estaban en la imprenta, perdió el manuscrito original, y los ejemplares ya listos fueron destruidos en el incendio del local de impresión. Hemenway reconstruyó el material del quinto volumen e incluso recopiló el suficiente para un sexto volumen, pero murió antes de que pudiera publicarlo. Su hermana publicó el quinto volumen, eventualmente, pero los materiales para el sexto volumen fueron destruidos en el gran incendio de Chicago de 1911; por esa misma fecha, la Asociación Histórica de Vermont deliberaba sobre la posibilidad de comprarlos y publicarlos.

Si Abby Hemenway es un buen ejemplo de las continuidades del siglo XVIII en el Estados Unidos y las historiadoras de la era victoriana, Frances Victor representó el futuro. Como Hemenway, Frances Victor comenzó en la literatura. Mientras asistía a un seminario femenino en Worceters, Ohio, Frances y su hermana publicaron poemas y cuentos en el *Home Journal* de Nueva York. En 1848, su novela *Anizetta* fue publicada en Boston. Ese mismo año, las hermanas se mudaron a Nueva York, donde recibieron el apoyo de la crítica y los editores. En 1850 publicaron juntas un volumen de poesía.

Cuando el padre de ambas murió, ese mismo año 1850, Frances, como hermana mayor, regresó al hogar para cuidar de su familia. Mientras la carrera de su hermana florecía en Nueva York, Frances, después de casarse en Ohio, se instaló en Nebraska y luego se divorció, volvió a Nueva York con su hermana, se casó con el cuñado de su hermana y finalmente emigró con su segundo marido a California. Luego de que ese segundo esposo muriera en un naufragio, retomó su carrera literaria, esta vez enfocándose en la experiencia y el folklore del avance hacia el Oeste. Publicó excelentes estudios, antes de que Hubert Howe Bancroft –quien diera su nombre la biblioteca Bancroft de Berkeley– le ofreciera un puesto en el equipo de su proyecto más ambicioso; escribir la historia de los estados de la costa oeste de Estados Unidos. Atraída por la seguridad económica e interesada en el tópico, Victor aceptó. Trabajó en el proyecto por doce años, realizando cuatro de los veintiocho volúmenes de la obra, y colaborando activamente en tres volúmenes más. Su contribución se mantuvo anónima, porque Bancroft reclamó la autoría de la serie completa. Después de dejar el empleo con Bancroft, Victor vendió artículos de aseo puerta a puerta, en Salem.

Eventualmente, recibió una pensión de Bancroft y volvió a escribir, produciendo entre otras obras, una serie de historias cortas sobre la dureza de la vida de las mujeres en la frontera.

La dureza de la experiencia de Frances Victor en los márgenes del oficio, revela la extensión de la separación que, para la década de 1870, se había producido del mundo de las letras victoriano, y que dio origen a una disciplina independiente. Con el desarrollo de las universidades estadounidenses modernas, en la década de 1880, la historia se apartó aun más de ser una dedicación humanista, para transformarse en una disciplina académica. El contexto en que se desempeñaron las historiadoras nacidas después de 1850 fue, de tal manera, radicalmente distinto al anterior.

Nueve de las trece historiadoras de este último periodo, asistieron a escuelas de posgrado. Las excepciones fueron Ida Tarbell (1857-1944), cuya carrera principal fue el periodismo; Constance Skinner (1877-1939), quien empezó su carrera como escritora al estilo victoriano, pero que luego publicó extensamente en la Universidad de Yale; Zelia Nuttall (1857-1933), cuya formación comenzó en la arqueología en México, pero que luego fue parte del equipo del Museo Peabody de Harvard; y Kate Hurd-Mead (1867-1941), quien escribió sobre la historia de las mujeres en la medicina, después de una distinguida carrera como médica. Con la excepción de las ya mencionadas, estas autoras se dedicaron sólo a la historiografía, en puestos académicos o relacionados con lo académico.

Excluyendo a Skinner, Nuttall y Hurd Mead, todas ellas tuvieron un profundo compromiso con el oficio de historiar. Lucy Salmon (1853-1927), fue miembro fundadora de la Asociación de Historia Americana (AHA) en 1884. Nuttall fue una de las fundadoras de la Asociación Americana de Antropología. Nellie Neilson (1873-1947) fue presidenta de la AHA en 1943, y la única mujer elegida como tal. Apoyó decididamente la fundación de la Academia Medieval de Estados Unidos y de su revista, *Speculum*, y por muchos años fue la única mujer en la Academia y llegó a ser su presidenta. En 1930, Louise Kellogg (1862-1942) fue electa presidenta de la Asociación de Historiadores del Valle de Mississippi (hoy, la Organización de Historiadores de América). Mary Willimas fue una figura relevante en el desarrollo del campo de los estudios sobre historia de América Latina, estuvo durante muchos

alos en el comité editorial de la *Hispanic American Historical Review* y secretaria. De la Conferencia sobre Historia de América Latina de la AHA. Su tesis de grado fue el texto básico de dio campo por veinte años.

Pero si bien estas mujeres se integraron bien a la vida profesional, no ocurrió lo mismo con el mercado laboral académico. Dado que muy raramente se contrataba a una mujer para enseñar en una institución mixta o de hombres en el periodo entre 1880-1930, las historiadoras tenían sólo dos fuentes de empleo en la academia: en universidades *colleges* exclusivamente femeninos, o en instituciones más bien marginales dentro del ambiente académico. Y si ocho de estas nueve historiadoras académicas se formaron en universidades mixtas, sólo una de ellas enseñó en un *college* mixto: Mary Barnes, en Stanford, y en los últimos años de su vida laboral.

Lucy Salmon en Vassar, Katherine Coman y Mary Barnes en Wellesley y Mary Williams en Groucher, permanecieron en estos *colleges* femeninos por buena parte de sus carreras. La misma inmovilidad afectó a mujeres en los márgenes del ambiente académico: Nuttall en el Museo Peabody, Louise Kellogg en la Asociación Histórica de Wisconsin, y Helen Gardner en el Instituto de Arte de Chicago. Sólo Helen Sumner, quien emigró laboralmente de la Universidad de Wisconsin a la Oficina sobre la Infancia de la Oficina del Trabajo del gobierno estadounidense, experimentó una movilidad laboral significativa.

La carrera de Helen Sumner, la excepción a este patrón de inmovilidad, ilustra con claridad los límites de género con que lidiaron las historiadoras en los primeros años de la profesionalización de la historia. Graduada de Wellesley en 1898, y realizando su doctorado en la Universidad de Wisconsin en 1909, Helen Sumner trabajó con John Commons y Richard Ely (sus profesores) desarrollando el campo de la historia de los trabajadores. Junto a Commons, fue una de los cinco co-editores de la *Historia Documental de la Sociedad Industrial Americana* (finalmente publicada después de que recibiera su grado doctoral). Con un equipo similar, que incluyó a Commons, compartió autoría en los dos volúmenes de la *Historia del Trabajo en Estados Unidos*, la cual incluyó mucho del material de su tesis doctoral, “El movimiento de trabajadores en América, 1827-1837”. Este último texto fue incorporado por la Oficina de Estadísticas Laborales en el monumental reporte gubernamental de 1910,

Informe sobre los salarios de mujeres y niños en los Estados Unidos, y que todavía es la fuente histórica más importante sobre dichas materias. Es decir, nos encontramos con una investigadora joven haciendo contribuciones fundamentales en el campo de la historia de las y los trabajadores. Pero después de recibir su doctorado, Helen Sumner, según sus biógrafos, “no encontró, en verdad, un empleo permanente acorde a su formación profesional y su impresionante contribución como investigadora y académica en el campo de la historia laboral”.

El anhelo de Sumner era claro: continuar en la Universidad de Wisconsin con un mejor trabajo, y le escribió a Commons con ese fin, afirmando que lo que de veras quería era escribir lo que definió como “una historia de la democracia industrial americana”. “He estado esperando esa oportunidad por años, y no estaré nunca satisfecha hasta que realice mis sueños. Nada me gustaría más que tener la oportunidad de trabajar con usted tal como trabajamos en el periodo de 1905 y 1906, cuando establecimos los fundamentos del estudio de la historia del trabajo”. Sumner dejó claro, sin embargo, que quería ser una autora reconocida como tal, y no solamente contribuir al trabajo de otros. Commons le respondió, diciéndole que sólo le podía ofrecer un puesto de trabajo temporal y de menor importancia. Después de vivir con su madre viuda en Washington DC por tres años, Helen Sumner se sumó al equipo de Julia Lathrop, de la recientemente creada Oficina Gubernamental de la Infancia, en 1913. Después de cinco años de un activo trabajo académico, como directora del departamento de investigación de dicha Oficina, se casó con su asesor estadístico en 1918 y dejó la Oficina. De allí en adelante, solamente trabajó en algunos proyectos específicos, y redujo considerablemente su actividad profesional. Para entonces, tenía cuarenta años.

La Oficina de la Infancia, que de muchas maneras fue la mejor institución para Helen Sumner, ya que le proveyó de un trabajo acorde a su formación académica, fue una institución predominantemente femenina. Fue encabezada por una mujer (Julia Lathrop, que fue la primera mujer en dirigir una oficina federal), y apoyada por una red de historiadoras pioneras en sus campos de estudio y en las tareas de extensión universitaria, como Jane Addams y Florence Kelley: la Oficina de la Infancia, de tal manera, se constituyó en una red de apoyo similar a los *colleges* femeninos.

La mayoría de quienes enseñaron en estos *colleges* femeninos tuvieron un claro impacto en dichas instituciones. Katherine Coman, por ejemplo, desarrolló los departamentos de economía y sociología en Wellesley, y Lucy Salmon impulsó el departamento de historia y el centro de investigación de Vassar. Salmon también fue la responsable de las reformas al curriculum y la administración del *college*, disminuyendo el poder autocrático del consejo administrativo de la facultad.

Estas mujeres también tuvieron un rol activo en la sociabilidad de estas instituciones. Reuniéndose en cursos con un número reducido de estudiantes y en grupos de discusión fuera de las clases, le dieron forma a un discurso social e intelectual, y se convirtieron en modelos para sus estudiantes. “Había una amable y madura dignidad, algo de cierta forma impresionante, pero a la vez atractivo, en Katherine Colman”, escribió más tarde una de sus estudiantes, Vida Scudder. En Mount Holyoke y Goucher, Nellie Neilson y Mary Williams fueron una influencia esencial para generaciones de profesoras que le dieron a dichas instituciones su buena reputación académica.

Muchas de estas historiadoras fueron feministas activas. En Groucher, por ejemplo, Mary Williams dictó un curso sobre la historia del movimiento por los derechos de las mujeres, y escribió varias de las entradas sobre las líderes de dichos movimientos en el *Diccionario de Biografías Americanas*. Annie Able, que fue profesora en Groucher y en el Smith College, fue presidenta de la Liga por el Sufragio Igualitario de Maryland. Katherine Coman apoyó decididamente el College Settlement Movement (que buscaba acercar a los barrios y personas más pobres a la educación superior), en el cual las estudiantes de Wellesley jugaron un rol muy importante. Entre 1900 y 1907, Coman presidió la asociación nacional del movimiento, y ayudó a crear un club para mujeres trabajadoras jóvenes en Boston y fue miembro fundadora y miembro del comité ejecutivo de la Liga de Consumidores de Massachusetts. Trabajando con las mujeres sindicalistas de Chicago, presidió el comité contra los abusos, en las negociaciones de la huelga de 1911.

En el contexto de los colleges o universidades para mujeres, este grupo encontró un espacio que les ayudó a crecer como profesoras, historiadoras, mujeres y ciudadanas. En 1930, cuando la profesionalización del oficio ya contaba con medio siglo de

desarrollo, las historiadoras se reunieron por primera vez como tales, y discutieron los problemas y los beneficios de dicha situación. Al enterarse que habían sido excluidas de una reunión de historiadores-hombres, porque se dijo que su presencia iba a interferir en la deseada informalidad de la reunión, las historiadoras discutieron el punto en la convención anual de la AHA en 1929, y decidieron realizar una reunión informal, pero para su propio género, en la primavera de ese año. Reunidas en Lakeville, Connecticut, el grupo se autodenominó la Conferencia de Historia de Lakeville.

En la reunión hubo un encendido debate acerca de “las desventajas que enfrentan las mujeres que enseñan historia en la universidad”. Sesenta y seis historiadoras en quince universidades o *colleges* para mujeres, recibieron la siguiente carta, que resumía lo que se discutiría en la segunda conferencia:

“Todas nos damos cuenta de que el limitado número de puestos de trabajo abiertos a las mujeres, redundan en que las mujeres se quedan en la misma institución de por vida. De tal manera, las mujeres pierden el estímulo y la renovación que viene de una variedad de experiencias laborales que sí están disponibles para los hombres, que tienen ofertas de trabajo en diferentes lugares. Se ha sugerido un sistema de intercambio académico que pueda superar esta carencia”.

La carta fue acompañada por un cuestionario que buscaba establecer la posibilidad de hacer ese intercambio, y las historiadoras lo respondieron con entusiasmo. Altamente organizada, la asociación asumió su identidad regional, y se re-bautizó como la Berkshire History Conference. Revitalizada en la década de 1960 por nuevas participantes, la asociación hoy es más fuerte que nunca, y ha adoptado el nombre que se instaló durante esa década –la Conferencia de Historia de Berkshire de Historiadoras– enfatizando tanto los aspectos disciplinarios como de género de su identidad.

Mientras las historiadoras de los dos primeros periodos se apoyaron en sus comunidades o en las redes del mundo de las letras, las historiadoras profesionales se apoyaron unas a otras. En su conjunto, historiadores e historiadoras se comunicaron más que en el pasado, y las historiadoras reconocieron mejor sus

características y circunstancias comunes. Las historiadoras, en mayor contacto con los historiadores varones, intercactuaron con mayor éxito en el nivel profesional, pero siguieron, en la práctica, siendo segregadas en la competencia laboral. Aunque muchas encontraron en las universidades femeninas un ambiente laboral positivo, se vieron limitadas a ellos, pues trabajar en una universidad mixta fue casi inabordable. De alguna manera, su situación fue más difícil que en el pasado, en términos de la escritura histórica, pues si en los periodos previos hubo una discriminación de género más abierta, hubo menos barreras institucionales para las mujeres, y por lo tanto, no se las pudo excluir sistemáticamente del mercado laboral. Más rígido que los periodos anteriores, y más autoreferente, el contexto de la profesionalización también separó a las historiadoras de otras mujeres escritoras y del público lector femenino en general.

Durante dos siglos, las historiadoras fueron apoyadas permanentemente por redes de mujeres. Fuera indirectamente, como en el caso del público lector femenino victoriano, o directamente, como en el caso de las asociaciones de historiadoras del siglo XX, sus lazos con otras mujeres han sido profundos y esenciales para delinear las circunstancias en que trabajaron. Juzgando la vitalidad de esas asociaciones en la actualidad, las historiadoras las continúan viendo como una fuente central de apoyo en sus carreras, en su creciente participación con el oficio de historiar.